

cubrían de polvo, los billares, los teatros y los merenderos de la «Bom-bi» sabrán dar cuenta de cómo pasó aquel curso.

Era una de estas tardes de Mayo en que la Madre Tierra se conmueve en espasmos de lujuria, al ser fecundada por el cálido beso del Padre Sol; una de estas tardes en que la pizpireta modistilla madrileña abandona el obrador, para desahogar su plétora de vida en los lánguidos y voluptuosos compases de una habanera. Yo, aferrado, al libro, en la fría hostilidad del cuarto pupilero, sentía la nostalgia del pueblo; de la novia ausente; al propio tiempo que luchaba enérgicamente con el sueño que, á pesar mío, me iba invadiendo poco á poco. Llevaba pasados varias noches de claro en claro y varios días de turbio en turbio, y el dulce enemigo me venció pronto. Y soñé—¿quién no sueña á esa edad y en esa tarde!—soñé... Más no quiero *des-tripar* mi juvenil trabajo. Si os place—que lo Judo—ya lo vereis, lectora bella ó amable lector, si continuais siéndolo de los números sucesivos de este semanario (su extensión, no permitirá publicarlo en uno solo); siempre que esteis dotados de la virtud de Job y de anchas tragaderas literarias.

Al despertar, ya anochecido, fui reconstituyendo aquel ensueño, volví á soñarlo despierto. Había sido una extraña amalgama de pesadilla dolorosa y sentimental añoranza, que impregnaba mi alma romántica de un suave aroma de melancolía. Sentí luego el vehemente deseo de escribirlo, de no dejarlo relegado en un rincón de la memoria, donde la pátina del tiempo haría pronto sus destructores efectos.

Después de acostarme, en el silencio y la oscuridad de la alcoba, la idea se hizo obsesión; el deseo, im-periosa necesidad. Pese á mis intenciones de dormir pronto, para poder madrugar al día siguiente, seguía barajando conceptos, componiendo y aderezando párrafos y dando vueltas en la cama. Por fin, desesperado, me levanté y, pluma en ristre, arremeti contra el confuso tropel de mis ideas, con no menor brío que el *hidalgo* manchego contra las velas del molino; que por tales pudieran tomarse aquellas, á juzgar por las vueltas que daban en mí desquiciado meollo.

Cuando, terminada mi prolija narración, puse la firma al pié, advertí, no sin cierta sorpresa, que estaba amaneciendo y que había emborrinado un respetable puñado de cuartillas. Y también noté, con amargo desencanto, que, para publicado en un periódico—tal era mi ilusión—mi artículo era demasiado largo y, por añadidura, soporífero, ñoño... inadmisibles.

Mas no creáis, paciente lector, ó lectora adorable, que hube de desesperarme y rasgar lo escrito, por tan *pequeño* inconveniente. Legítimo descendiente de nuestro paisano Sancho, lo tomé con mi habitual cachaza y, para aquella sobra de extensión y demás sobras y faltas, no tardé en hallar una disculpa en el *Baedecker* usado por el sabio escudero, para realizar su feliz peregrinación por este pícaro mundo. Reza textualmente esta sentencia, que—como diría él—viene al caso, como pedrada en ojo de boticario: «A mala leña, buen brazao.»

Y allá vá el *ratoncillo*, fruto de aquella concepción y de aqueste nuevo «Parto de los montes», tal cual entónces salió de mis pecadoras manos.

* *

«ENSUEÑO...»

«Cerré el libro y me deleité unos instantes contemplando la esbeltez y pureza de líneas de una efigie femenina, colocada sobre mi mesa.... Encendí un pitillo y salí á la ventana abierta al patio, á fin de despejar mi pobre cerebro, preso en una enmarañada red de no bien precisados conceptos filosóficos.

Agonizaba el sol. Un blando y templado ocfrillo acariciaba suavemente la piel y oreaba las gayas, ropas, pendientes de las cuerdas tendidas de ventana á ventana. Se elevaba, sereno, el humo del cigarro, retorciéndose en indolentes espirales que se ensanchan y sutilizan hasta disolverse en el aire. Todo respiraba paz y calma en aquel gran caserón interior, habitado por veinte heterogéneas familias, cuyos chiquillos, sus-cios y gritones, armaban, de continuo, insoportable algarabía. Parecía increíble aquel silencio augusto en la gran Babel del populoso barrio madrileño.

En la vecina iglesia se escuchaba apacible, el sonar del órgano, que se extiende por las amplias bóvedas, como un bostezo perezoso. Melodiosas voces femeniles entonaban LAS FLORES á María Inmaculada. Por un agujero de la políeroma vidriera que cierra alto y estrecho ventanal morisco, se escapaba un aire cálido y saturado de incienso y se entreveía el titilante parpadéo de una lámpara... Las campanas anunciaron á los fieles la hora del *Angelus*, y se elevó el ténue susurro de una oración pronunciada por mil bocas á un tiempo.

Esta quietud solemne desbocó el caballo de mi fantasía, que, en su frenético galopar, me llevas á lugares distantes, á incomparables paraísos de ilusión... Perdida mi mente en un laberinto de quiméricas cabilaciones, fatigados mi cuerpo y mis ojos para el sueño y la lectura; volví

á mi mesa, apoyé en ella los codos, á la cabeza en las manos y... me quedé dormido.

Me halló en una iglesia de mi pueblo. He llegado la anterior noche, para pasar las vacaciones, y me he acostado rendido por el cansancio del viaje. Muy de mañana, mi madre me despierta cariñosamente y me recuerda que, además de ser domingo, es el aniversario de la muerte de mi abueia, y debo oír misa en su memoria. Salto del lecho, con poca acostumbra diligencia, visto el traje dominguero y me dirijo al templo.

Sin duda no es hora todavía, pues solo hay en él unas cuantas beatas *profesionales* que, pasando el rosario entre sus dedos, amarillentos como velas, mascullan automáticamente su perenne rezo.

Sarcasmo patente de una religión toda amor y fraternidad; férreo obstáculo interpuesto, en nombre de aquella, para dividir en mundos distintos lo que fué uno sólo; se alza, á mi espalda, la doble verja, carcelaria que, auxiliada en el interior por negra cortina, separa el templo del coro del convento de dominicas. Pero este lienzo, que pone á seguro de los curiosos ojos del espectador la blancura eucarística de aquellos rostros que, tiempo ha, no experimentaron las ardientes caricias del astro rey; este telón que oculta el monástico escenario, no cubre por completo la verja. Deja en su parte superior un espacio, por el cual se vislumbra el vasto recinto, de blancos y frios muros, severamente decorados por algunas copias de Ribera, otra de la Purísima de Murillo y un Cristo polvoriento y ennegrecido por los años, alumbrado por débil lamparilla de aceite.

LEANDRO CRISPIN.

(Continuará)

Simbólica

Amor triunfante

Brama el viento. En la desierta
Humilde, calleja umbría
De un farol la luz incierta
Brilla con débil fulgor.
A tan ténues resplandores
Vese apenas en la reja
Enamorada pareja
En dulce charla de amor.

Sigue el aquilón bramando,
Se va la luz extinguiendo,
Y aquel horrisono estruendo
Que forma el fiero huracán,
Lucha con la luz semeja,
Cual si quisiera el coloso
Bajo su yugo ominoso
Rendirlo con loco afán.

A veces, engaño impio.
Sns alas el viento abate,
Para lanzarse al combate
Con mayor furia después.

Y es de ver la débil llama
Con qué denuedo resiste
Cuando el coloso la embiste
Para extinguirla á sus pies.

¿Sueño...? ¿Realidad...? El viento
Calma su furia un instante
Y acaricia insinuante
De la llama el resplandor;
Mas ¡ah, pérfido, venciste!
Y al morir la luz se deja
Sentir el eco en la reja
De un ósculo triunfador.

FRAY SUPIM

La Caprichosa, joyería y platería
de BENJAMIN FERNÁNDEZ, sucesor
de Cruz Fernández, Feria 5.-Ciudad
Real.

SEVILLANA PURA

Monólogo, escrito expresamente para una aplaudida y genial artista, que como bailarina actúa en esta localidad,

ESCENA ÚNICA.

Gabinete amueblado con gusto.—Puerta al foro.—Al levantarse el telón, aparece la escena sólo por breves momentos, entrando á poco la indicada artista, en traje de calle.

(*Distraída*.) Ea, en casa de vuelta, y el contrato firmado. (*Fijándose en el público*.) Pero ¿qué es ésto? No esperaba verme sorprendida por tan grata visita al llegar á casa. (*Inclinándose*.) Señoras... Caballeros... Soy de ustedes, en el buen sentido de la palabra, ¿estamos? Mi gratitud por vuestra galantería al visitarme, nó tiene límites.

Suplico á ustedes me perdonen el haberos hecho esperar, pero no há sido mía la culpa; la culpa la tiene el pícaro sino, que si á unos al nacer le presenta la vida llena de flores y le dice: «¡Adelante, á vivir y á disfrutar!»; á otros nos pone en camino de espinas y negruras, y nos dice: «¡A luchar, ó á morir!» (*Se sienta en primer término*.)

Y eso hago yó, luchar por lo que la vida tiene de amable; sí, á luchar y á reir, aunque en la lucha salgamos al fin vencidos, y aunque la risa vaya á veces acompañada de alguna lágrima, arrancada de lo más hondo del alma. (*Pausa*.)

¡Estoy tan acostumbrada á la lucha...! Desde chiquita, una niña apenas, se imponía que ayudase á mi pobre madre en la terrible batalla por la vida, antes que ver en casa algún día el puchero á la funerala.

Fué mi cuna Sevilla. Tiempo es yá de decirles que soy sevillana. ¡Ay, Sevilla, Sevilla! ¿Nó conocen ustedes á mi tierra? Pues voy á referirles lo que es aquel rincón de Andalucía, única sucursal de la gloria. (*De pié*.)

Figúrense ustedes una Sultana con manto deslumbrante sobre los hombros, sentada en rico cojín de seda, á cuyos piés corriera un arroyo de plata, y á su lado un gigantón, hermoso guardian de la reina del harem,

¿Os lo habeis figurado? Pues bien: La Sultana del manto régio, es mi Sevilla; el cojín de seda, los jardines